

O B R A Y M I S I O N D E

Stefan George

Las obras completas del poeta lírico alemán Stefan George, nacido en 1868 y muerto en 1935, abarcan dieciocho tomos. Nueve de ellos están llenos de los versos más particulares, de extraña melodía y a veces mágica fuerza, versos nada fáciles que ya no reflejan acaecimientos reales, pues elevan al lector embelesado a una nueva realidad más densa y simbólica, de la que no saldrá sino transformado en el alma. Dos tomos comprenden los escritos autobiográficos, y siete volúmenes están dedicados a versiones poéticas de lenguas extrañas. Al enumerar a algunos de los autores que la exigente selección de Stefan George consideró dignos de ser objeto de su labor de traductor y poeta, ya se circunscribe el ámbito espiritual donde está arraigado el mismo George: Henri de Régnier, Jean Moréas, Albert Saint Paul, Charles Baudelaire —cuyas "Fleurs du Mal" tradujo George, y a cuya conocida composición "L'albatros" corresponde la fábula georgeana de "El Señor de la Isla" que comparte símbolo y concepto con la de Baudelaire—; Paul Verlaine y, sobre todo, Stéphane Mallarmé, de incalculable influjo sobre el arte y la conducta de George;

Dante Gabriele Rossetti; Algernon Charles Swinburne; Ernest Dowson; Gabriele d'Annunzio; Emile Verhaeren; Jens Peter Jacobsen; Warlov Rolicz-Lieder; Albert Verwey. A los nombres de estos poetas, de filiación literaria bien determinada, sensibles antinaturalistas, autores que, contraponiéndose a su época cada día más mecanizada, más encaminada hacia una vida en masa, querían servir aún al "arte por el arte" y que veían todavía en la belleza creada un sublime ideal, digno de dedicarle la vida en severa e integral obediencia: a estos nombres asóciense, y no por casualidad, dos más, divinos y venerables, a los que mucho les debe Stefan George: es "de las brumosas islas el sombrío soberano de los espíritus", Shakespeare (por cierto que no es el dinámico e irrefrenable trágico de los dramas, sino el poeta elegíaco de los "Sonetos") y es, además, "el gran Florentino", cuya "Divina Commedia" fué vertida al alemán, en trozos selectos, por Stefan George. Si a todo esto se añade que, sin duda, George se inspiró en el ideal de forma de la diáfana, corporal y mundana belleza de la antigüedad clásica griega —opuesta evidentemente a todo amaneramiento estetizante y a toda burda repetición de la cruda realidad—, se podrá decir sin exageración que en este poeta recobraron vida, en necesaria y única armonía, todas las fuerzas espirituales que constituían el típico ideal de formación europeo. El guarecer tal herencia europea contra la nivelación inminente, el crear a la vivencia poética general de lo bello un instrumento inaudito en un idioma alemán profundizado y educado, tal fué la voluntad de Stefan George.

Esta espiritualidad europea de nacionalidad alemana, concentrada en Stefan George, elevada a categoría de indiscutible deber, realizada en su obra y vivida por él con sacrificios, nos explicaría sólo en parte el porqué

se formó pronto en torno al poeta un grupo de discípulos que veían en las palabras del maestro la más sagrada obligación, a la que subordinaban su vida entera; y el porqué en su derredor surgió la más propia, la más importante "escuela" que, desde mucho atrás, conociera la vida espiritual europea, inconcebible sin el influjo de George y sus discípulos.

De hecho, alrededor de las "Blätter für die Kunst", revista editada por Stefan George a partir del año 1892, establecióse pronto como una comuna, no muy extensa pero sumamente eficaz, dispuesta a "combatir lo chato y viejo como también lo grosero y bajo de la literatura coetánea", y a ir en busca de "lo bello y nuevo". Es con estas palabras que se formuló el programa del nuevo periódico, entre cuyos colaboradores y compañeros de lucha, se ve a Hugo von Hofmannsthal, a Max Dauthendey, a Friedrich Wolters, a Ernst Bertram y Ludwig Klages, para no mencionar sino a unos pocos que también entre nosotros gozan del crédito merecido de ser, en nuestros días, expresión de las más altas del espíritu europeo. Precisamente porque la fascinadora personalidad de George logró reunir en torno suyo a hombres de tal alcance que —imanes ellos mismos para los espíritus afines— extendieron la magia del maestro con original intensidad, ya en 1919 —año en que dejaron de aparecer las "Blätter für die Kunst"— se había establecido una secreta liga de los hombres de ese espíritu, de la cual surgieron obras que llevaban impreso el sello de George, en forma indiscutible e imperecedera.

En este "Georgekreis" —círculo georgeano— en un sentido amplio de la palabra, círculo que el maestro soñaba con ver elevado a formar un día un nuevo "Reich" —¡ay, cuántos malentendidos, cuántos abusos ha habido referente a este término esotérico de los discípulos de

George!—, en esta comunidad espiritual, conjurada para venerar la belleza y el espíritu, para honrar al individuo y a la personalidad y para fecundizar la vida europea desde lo más profundo del idioma y espíritu germanos, todos los integrantes —por valerme de unos versos de George— “habían circundado una vez la llama sagrada y le permanecieron adictos para siempre”.

La marmórea hermosura de los versos de George, no es suficiente para motivar tan hondo efecto. Muchos de ellos, por cierto, son insuperables. Hay versos antes jamás cantados en el templo de la poesía alemana. Todos ellos, de extraña aspereza a veces, de apasionado frescor, de madura sencillez y un consciente dominio de sí mismo, han contribuído a educar el oído y el lenguaje de los mejores. Y sin embargo hay entre los peritos quienes atribuirían perpetuidad a sólo muy pocas creaciones de Stefan George; mas no podrán negar la inmensa influencia purificadora, parecida a la de un profeta, que este vate ha ejercido sobre la vida espiritual alemana.

Ahora bien; si no lo hacen las distintas composiciones líricas, quizá sea su actitud estético-espiritual en sí lo que constituye la sempiterna grandeza de Stefan George.

Aun esto paréceme discutible, pues no se podrá elevar a ideal de muchos el “culto a la belleza”, ni conceder menor honra a otros campos de la actividad humana. Siempre para muy pocos significará el arte el elemento vital e ineludible.

De éstos fué Stefan George. Para él había una sola misión: ser vate y poeta. En uno de los clarividentes fragmentos de Novalis se lee: “Sacerdote y poeta fueron idénticos en un comienzo, y sólo los tiempos posteriores los han separado. Mas el auténtico poeta siempre ha permanecido siendo sacerdote, como el auténtico

sacerdote, poeta. Y el porvenir, ¿acaso no restablecerá el antiguo estado de cosas?" ("Blütenstaub", frag. 71.) Fué en el sentido de esta definición del poeta ideal, que George realizó su tarea, en medio de una época mecanizada, dada a múltiples compromisos, ajena al arte. Y en tal época de un vil oportunismo osó vivir su difícil deber "según la ley por la que había llegado al mundo" (Goethe), vivir la solitaria vida del visionario "cuya palabra a muy pocos es común". He aquí el porqué de su hondo influjo y el porqué permanecerá siendo él un ideal para generaciones venideras, en esta su unidad viva de existencia e ideal, en este cumplimiento de su inigualable misión de artista y su imperturbable obediencia al propio "daimonion". Aun cuando —¿quién sabe?— el porvenir, cuyo más sangriento capítulo se escribe actualmente allende el mar, hubiere previsto, para los ideales humanos, contenidos bien distintos de los de Stefan George, permanecerá siempre admirable la integral armonía que a su vida y obra dió este lírico alemán.

Guillermo Thiele.